

Mari Galana lloraba, besaba el retrato, y murmuraba palabras ininteligibles entre sollozos.

—¡La has reconocido! dijo el alcalde levantándola blandamente.

—¡Oh, sí! dijo la Galana mirando con atonía al alcalde, y tan pálida, que su hermoso semblante, á pesar de ser morena, parecía de mármol estatuario. ¡Sí! ¡Es mi madre!

Y Mari Galana dijo estas palabras en un acento tan bajo, que casi no se percibía.

—¡Sí! ¡Tú madre es esa! dijo con acento opaco el alcalde.

—¿Y por qué teneis en vuestro poder este retrato, señor? dijo con una expresion, con un acento y con una mirada suprema la Galana.

—Porque... porque... yo... fui el primero y el único amante de tu madre.

La Galana se puso más pálida aún; se desencajó su semblante; se extravió su mirada; se abrió su boca en una contraccion de dolor, dejando comprender un grito mudo que habia espirado sin voz; extendió los brazos trémulos hácia el alcalde, y cayó de espaldas sin sentido.

—¡Ah! exclamó don Rodrigo lanzándose á ella para levantarla, besándola en la boca, y llorando por la primera vez de su vida: ¡qué castigo tan horrible, Señor! ¡Por el olvido de un momento, por un momento de locura!

Y levantó á la Galana, la llevó á su lecho y la puso sobre él.

V.

En aquel momento llamaron á la puerta de la cámara.

El alcalde corrió las cortinas del lecho, dejando oculta dentro de él á su hija.

Entonces el alcalde demostró hasta qué terrible punto tenia dominio sobre sí mismo; porque con un solo esfuerzo, desapareció el padre desventurado, y quedó solo el frio, el severo, el terrible don Rodrigo de Santillana.

Y fué á la puerta y la abrió, apareciendo tras ella el alguacil Tribaldos.

—¿Qué es esto, qué ocurre? dijo Santillana.

—Señor, respondió Tribaldos; el alguacil que se ha quedado de guardia en el meson, ha preso á un hombre que iba preguntando por Gabriel de Espinosa, y al registrarle, le ha encontrado esta carta.

—Dadme, dijo el alcalde; ¿dónde está el hombre que ha sido preso?

—Abajo en el zaguan.

—Bien; decid á mi ama de llaves que venga.

—Tribaldos salió.

VI.

El alcalde, antes que á ver en qué estado se encontraba María, se fué á su mesa á ver lo que contenia la carta.

Mientras la leía, su semblante se nublaba, y sus ojos

resplandecian de indignacion, y bajo ella, se trasparentaba algo de espanto.

La carta era larga, y sin embargo, el alcalde la leyó por dos veces en muy poco tiempo.

Luego tomó con las manos agitadas por un temblor nervioso un papel, y escribió rasgueando con una fuerza tal, que casi el papel se rompía:

«Señor: adjunta remito á vuestra majestad una carta del padre vicario de las monjas del convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de la villa de Madrigal, fray Miguel de los Santos; por respeto á la alta persona que en esta carta se nombra, no he creído que debia proceder contra ella, sin dar cuenta á vuestra majestad para que resuelva lo que crea conveniente en su alta sabiduría.—Nadie más que yo ha visto esta carta, y ni aun siquiera me he atrevido á presentarla al presidente de la Chancillería, porque he creído que esto era lo que convenia á mi lealtad hácia vuestra majestad y al profundo respeto que se debe á su real familia.—Guarde Dios muchos años la vida de vuestra majestad para bien de sus reinos.—De esta casa de vuestra majestad en Valladolid á veinte y ocho de setiembre de mil quinientos noventa y cuatro.—Señor humilde y lealísimo criado de vuestra majestad.—El alcalde de casa y córte de la Chancillería de Valladolid, *Don Rodrigo de Santillana.*»

VII.

Don Rodrigo puso bajo un sobre estas dos cartas, le cerró y escribió en el sobre:

«Al rey nuestro señor.—Reservado.—Del alcalde don Rodrigo de Santillana.»

Luego puso otro sobre, y sobre él lo siguiente:

«Solo el rey nuestro señor puede leer lo que dentro de este sobre se contiene.—El alcalde don Rodrigo de Santillana.»

Puso aún otro sobre, y en él lo siguiente:

«A su señoría el cardenal Granvela, secretario de Estado del rey nuestro señor.—Del alcalde don Rodrigo de Santillana.—En propia mano.»

—Cuando el alcalde levantó los ojos de sobre la carta para llamar, vió delante de sí, silenciosa, inmóvil y con gran paciencia, á su ama de llaves, que como habia visto ocupado al alcalde cuando entró, y conocia bien lo áspero de su carácter, no le habia hablado, para evitar un desabrimiento.

—¡Tribaldos! dijo don Rodrigo de Santillana antes de dirigir la palabra á su ama de llaves, aunque la habia visto.

El alguacil apareció en la puerta.

—Que Perez Valdivia se calze al momento las botas y las espuelas y se me presente; que ensillen el Castaño al momento, y que se lleven á la cárcel y le encierren sin que pueda hablar con nadie, al preso que está abajo. Id.

Tribaldos se fué.

—Venid acá, Marta, dijo el alcalde.

Y yendo al lecho, descorrió las cortinas.

Marta dió un grito al ver una mujer desmayada en el lecho del alcalde.

—Es mi hija; lo entendeis, dijo don Rodrigo al oido

de Marta, que estaba espantada; que nadie la vea más que vos; mudadla ese infame traje, vestidla, por lo pronto, con lo que tengais y podais, y callad, callad como una tumba, ú os las habreis conmigo.

Despues de esto, dejó sola á Marta, que aún no habia vuelto en si de su espanto.

VIII.

—Vas á llevar esta carta á Madrid, decia poco despues don Rodrigo á un moceton de veinte y ocho años que trascendia á la legua á soldado, y estaba vestido con traje de camino; ¡corre lo que puedas, Perez Valdivia! Llega si te es posible en dos dias á Madrid. El Castaño es fuerte; revientalo si es preciso, y si te encuentras á pié, compra otro caballo por lo que te pidan; toma (y dió á Perez Valdivia un bolsillo lleno de oro); ¡mata caballos! ¡no importa! y llega cuanto antes á Madrid. En cuanto llegares, sea de dia, sea de noche, véte al alcázar, pregunta por el cardenal Granvela, y dále en propia mano este pliego. Anda, anda; ya veo el Castaño en el patio; por cada hora que adelantares de dos dias, te doy un doblon de á ocho.

—Vuestra señoría descuide; que habiendo dinero para reventar caballos, llegaré en dia y medio; y tanto más, cuanto el puerto, porque ahora hace calor, está franco.

—Vé, vé.

Perez Valdivia bajó, montó á caballo, y el alcalde no se separó del corredor hasta que vió arrancar por el zaguan á la calle á Perez Valdivia.

Luego, pensativo y cabizbajo, entró en su cámara.

CAPITULO XVIII.

En que se presenta un sombrío personaje que hemos nombrado mucho, y con el cual no nos hemos puesto en contacto hasta ahora.

I.

Era el oscurecer del dia siguiente á aquel en cuya mañana, antes de que saliera el sol, habia salido de Valladolid Perez Valdivia.

En una ancha y tétrica cámara entapizada de terciopelo rojo, con techo de madera, oscuro por el tiempo, con grandes cuadros rústicos en los muros, con mueblaje severo y una gran mesa profusamente cubierta de papeles, se paseaba un hombre, cuyo semblante no podia verse bien, á causa de la luz vaga y débil del crepúsculo, que penetrando por los tres altos y estrechos balcones de la cámara, apenas bastaba á dejar percibir los objetos.

Se conocia que era viejo el hombre que paseaba, en su paso infirme, no tanto que marcasse la decrepitud, ni mucho menos en lo levemente encorvado de su espalda,